

Albores de la historia del libro

José Abel Ramos Soriano

Jacques Lafaye, *Albores de la imprenta, el libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar (siglos XV y XVI)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Para fortuna de los interesados en la historia de México, de un tiempo a la fecha han aparecido importantes publicaciones que nos permiten un conocimiento más amplio y detallado de nuestro pasado. Me refiero específicamente a la historia del libro, que hasta hace poco no era muy socorrida entre nosotros, a pesar de algunos notables trabajos al respecto. En lo que se refiere específicamente a la Nueva España, se comenzó desde el mismo periodo colonial con bibliografías, se ha continuado con el registro de lo publicado durante los tres siglos del dominio español y se ha reflexionado sobre ello. Con relación al virreinato novohispano, también se ha incursionado en el estudio de libros impresos en otros lugares. Una parte importante de esa producción seguramente fue conocida aquí sólo por referencias, pero otra, nada despreciable, circuló efectivamente en estas tierras. Se trata, en este caso, de una abundante y variada literatura como las que se leía en las

instituciones educativas, la que poseían ciertos particulares o la que prohibía el Tribunal del Santo Oficio de México. De ello dan cuenta, por ejemplo, inventarios de bibliotecas institucionales y particulares, documentos inquisitoriales, así como una gran cantidad de ejemplares de la época que han llegado hasta nuestros días.

Por otra parte, la visión que ofrecen las bibliografías y estudios sobre las lecturas de nuestros antepasados se ha visto ampliada por trabajos de investigadores nacionales y extranjeros sobre la historia del libro en otras latitudes. Algunas de ellas son obras generales y de diferentes países, tan importantes como la *Historia del libro*, de Svend Dahl, publicada en español en 1972 y 1982; *La aparición del libro*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, recientemente publicada de nuevo en nuestro idioma; la *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, de Agustín Millares Carlo, reeditada varias veces, y la monumental *Histoire de l'édition française*, en cuatro volúmenes, dirigida por Henri-Jean Martin y Roger Chartier. Por último, se han publicado valiosos estudios de los que son muestra significativa, por sólo citar tres ejemplos, *Los Cromberger*, la historia de

una imprenta del siglo XVI en Sevilla y México, de Clive Griffin (Cultura Hispánica, 1991), la *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dirigida por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (Taurus, 1998), así como la *Historia de la lectura*, de Alberto Manguel, publicada en español en 1999 por la editorial Norma.

Ahora, saludamos con gusto la aparición de un nuevo título: *Albores de la imprenta*, en su subtítulo anuncia, trata sobre el libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar durante los siglos XV y XVI. Jacques Lafaye, su autor, un viejo conocido nuestro desde su ya clásica obra *Quetzalcóatl y Guadalupe*, publicada en francés en 1974 y en español tres años después, armado de su profundo conocimiento de la historia iberoamericana, reflexiona en la obra que nos ocupa sobre los primeros tiempos de la expansión del uso del libro en los territorios mencionados.

La última obra de Lafaye, es un bello y cómodo ejemplar de pasta dura de la Sección de Obras de Historia del Fondo de Cultura Económica. No es muy grueso, ya que consta de apenas poco más de 200 páginas, de las cuales una centena comprenden los apartados en que se divide el texto, en tanto que el resto corresponde a

secciones que complementan de manera eficaz el estudio, y que menciono a continuación:

Las ilustraciones, en primer lugar, numerosas y distribuidas en diferentes lugares de la obra, muestran un amplio panorama de los campos que se relacionan con el libro impreso, desde su producción hasta su lectura. Nos permiten apreciar con detenimiento portadas de libros, marcas de impresores, textos impresos con placas de madera o xilográficos, talleres tipográficos, tipos de letra, mapas, encuadernaciones, formas de distribución del texto en las páginas, salas de lectura de bibliotecas famosas, etcétera. Cada una de las ilustraciones tiene explicaciones muy detalladas que no son comunes en otras publicaciones de este tipo. Asimismo, la obra en cuestión contiene un nutrido apéndice en el que se incluyen una cronología de la aparición de las imprentas peninsulares, una lista de los impresores más importantes, mapas de ciudades con imprenta, universidad y obispado, disposiciones legales sobre imprenta y libros, un notable documento de mediados del siglo XVI, escrito por el cronista Juan Páez de Castro, acerca de la importancia de establecer Bibliotecas Reales en el reino, noticias en torno a los primeros impresores de México, la lista de los libros de fray Juan de Zumárraga, con la indicación de las instituciones donde actualmente se encuentran los títulos consignados, así como comentarios sobre las principales fuentes para el estudio del libro hispano. El libro incluye también bibliografía y un siempre útil índice onomástico, además de los obligados índices de láminas y general.

Respecto a los temas tratados, Lafaye compendia, de manera por demás interesante, una etapa primordial de la historia del libro en la península Ibérica y sus inmensos dominios que de una u otra manera

tuvieron que ver con los más diversos lugares del orbe durante los siglos XV y XVI. Pero, sobre todo, a través del libro español analiza la historia del libro en general durante esa fundamental época del nacimiento del libro impreso y del comienzo de su difusión en diversas partes del mundo. Se trata de una historia del libro desde un punto de vista hispano, pues, aunque el autor es francés, es también hispanista, por lo que destaca y profundiza en particularidades importantes de la producción literaria de los territorios que le ocupan, particularidades que complementan estudios realizados acerca de la producción libresca de estos y otros lugares y épocas.

Después de breves consideraciones en torno al papel que el libro impreso ha desempeñado en la sociedad y a la situación actual y futuro de este fundamental medio de comunicación, Lafaye divide su obra en cuatro partes. En la primera, estudia los orígenes de la imprenta en Europa y su introducción en España, tomando en cuenta las condiciones técnicas de la primitiva imprenta; en la segunda, las modalidades de la imprenta y el perfil del libro en España, planteando el tema del rezago tipográfico español con respecto a otros lugares como Alemania, Italia y Francia, el control de la Monarquía y la Iglesia en la producción y circulación de libros, así como las características físicas y de contenido de las publicaciones. La tercera parte trata de lectores, bibliófilos y bibliotecas, su tipología y características. Por último, el cuarto apartado analiza la transferencia de la imprenta a nuevos mundos, principalmente a México, Perú y Manila, los motivos de su establecimiento y las peripecias de algunos personajes clave, sobre todo impresores, pero también individuos pertenecientes al ámbito político y eclesiástico.

En este amplio abanico del inicio del desarrollo tipográfico en la Península y sus posesiones, el autor hace especial hincapié en temas como el del papel de la economía, las relaciones sociales y familiares, así como la función de la política y la religión.

La influencia de fenómenos económicos en la historia del libro no es desconocida, se han estudiado entre otros temas relacionados con ellos, el de la alianza que los impresores buscaban frecuentemente con librerías para poder financiar ediciones, o el de los numerosos impresores que con el mismo fin de contar con recursos, se dedicaron también al comercio de libros. Estas situaciones no fueron privativas de la Península y sus dominios, sino muy comunes en varias partes, principalmente durante los primeros tres siglos del libro impreso. De igual manera, se ha tratado el hecho que los talleres tipográficos hayan comenzado por establecerse en opulentas ciudades comerciales. Menos atendidos han sido, sin embargo, otros temas planteados por Lafaye, como el del comercio de libros considerado como uno de los negocios más fructíferos de la época en diferentes lugares, así como entre las metrópolis ibéricas y sus colonias; el del libro como objeto valioso de colección; el de los intereses monetarios de la legislación sobre la impresión y venta de las publicaciones y, menos aún, el de las consecuencias adversas que tuvo para el libro español la expulsión de los judíos de 1492, pues varios de ellos salieron de la Península con grandes capitales.

Como señala Lafaye, los judíos habían sido en España, desde la época del dominio árabe, los tradicionales fabricantes de papel; asimismo, las imprentas en España comenzaron en ciudades con juderías importantes, la mayoría de los primeros impresores tenían apellidos judíos y la

corporación de libreros era igualmente judía.

Pero si la actividad de los judíos fue decisiva en éste como en otros campos, no lo fue menos la de los otros dos grupos que también habían cohabitado con ellos durante siglos en la Península: los moros y los cristianos. Desde el siglo octavo, los moros llevaron a España los secretos de la fabricación del papel inventado por los chinos, mientras los cristianos, con sus conquistas y afán por propagar su doctrina, llevaron el libro, impreso por ellos o por otros, a todos los lugares con los que tenían contacto, como ocurrió en América y en el oriente asiático; donde había ya una secular experiencia en trabajos de impresión con signos de madera.

En cuanto a la relación de la familia con la imprenta, también es conocido el papel fundamental que la institución desempeñó en el desarrollo tipográfico, al igual que en otros negocios, en las sociedades europeas de los siglos XV y XVI. Era muy común que el padre fuera el fundador de un taller de impresión y que la viuda, los hijos, yernos u otros parientes y allegados continuaran con el negocio, frecuentemente por varios años más, y a veces, hasta por siglos. Por otro lado, un fenómeno que Lafaye manifiesta en su análisis de las familias de impresores y libreros en España es el origen extranjero de ellas, así como lo internacionales que eran. Entre las más importantes se cuenta la de los Giuntti, Giunta o Junta, cuyos integrantes, a partir de Florencia, establecieron casas en Venecia y Salamanca. También tuvieron sucursales en Lyon y Burdeos y uno de ellos, Giulio Giunti de Modesti fue el fundador de la "Imprenta Real" de Madrid. Además de otras familias italianas, llegaron también los germanos Kronberger o Cromberger, los cuales se asentaron en Sevilla y de cuya casa salió el italiano Juan Pablos para

la ciudad de México, en 1539. Entre los impresores franceses destaca Arnao Guillén de Brocar, quien, entre 1514 y 1517 publicó en Alcalá, la Biblia políglota complutense, en griego, latín, hebreo y caldeo.

Dicho sea de paso, las Sagradas Escrituras no podían faltar en esta historia dedicada a los libros, entre otros motivos, por la importancia de varias de sus ediciones que fueron resultado de grandes aventuras tipográficas y culturales en las que intervinieron numerosos y connotados personajes de diversos ámbitos. Tal fue el caso de la mencionada Biblia, de Guillén de Brocar, la cual fue promovida por el influyente cardenal e inquisidor Francisco Jiménez de Cisneros (1436?-1517) y traducida por un grupo de sabios formado principalmente por judíos. Existe igualmente la impresión de la Biblia políglota de Amberes, conocida también como "Regia" por haber sido encomendada por Felipe II. La obra fue realizada bajo la dirección del reconocido teólogo español Benito Arias Montano (1527?-1598) y editada en ocho tomos entre 1569 y 1573 por el famoso Cristóbal Plantino (1514?-1589), impresor de origen francés que, vecindado en Amberes, se convirtió en uno de los fabricantes de libros más connotados de toda Europa durante el siglo XVI. No fue de menor importancia, asimismo, el inicio de la publicación de la Biblia en lenguas vernáculas como el alemán, italiano, francés, castellano e inglés.

Como era de esperarse, en una época en que el libro se ponía al alcance de un número de lectores cada vez más amplio y cada vez más difícil de controlar, la publicación indiscriminada de un libro capital como la Biblia provocó reacciones encontradas, por lo que Iglesia buscó vigilar su publicación y difusión, sobre todo en lenguas vernáculas. De igual modo, en España, donde la

religión fue un medio del que se valió la Corona para lograr y consolidar la unidad tanto, en la Península como en sus posesiones ultramarinas, se volvió vital el asunto de dar a conocer a los fieles cristianos el creciente cúmulo de obras que se publicaban en los talleres tipográficos que se iban estableciendo en diferentes lugares. Así, tanto el gobierno civil como el eclesiástico buscaron, por un lado, producir y difundir "buenos libros", como los de teólogos, letrados, moralistas, literatos, que ensalzaban la religión cristiana y las buenas costumbres, al mismo tiempo que trataron de limitar la producción y difusión de los "libros malos", principalmente aquellos escritos por autores calificados como heréticos o como sospechosos de serlo, que ponían en duda o discutían abiertamente principios establecidos por los poderes civiles y eclesiásticos. Las autoridades de diferentes lugares buscaron ejercer el control de la producción y circulación de la letra impresa. Ante el aumento nunca antes visto de publicaciones gracias a la imprenta, reaccionaron desde el siglo XVI con una copiosa reglamentación al respecto y la Iglesia en particular imprimió volúmenes denominados *Índices de libros prohibidos*, cada vez más gruesos, que pretendieron contener los títulos de las obras que la institución consideró nocivas. Pretendía que los fieles cristianos estuvieran enterados de las lecturas que debían evitar so pena de excomunión.

De tal modo, si la Biblia merece mención especial, también lo ameritan otros libros cuyas ediciones ilustran en diferentes sentidos sobre su propia elaboración, circulación y contexto, y no sólo con relación a los temas que aborda su contenido. Me refiero, por ejemplo, a las condiciones y contexto de su fabricación, al desarrollo tipográfico que muestra, la labor de sus traductores

res, la influencia que sus autores tuvieron o aún tienen, a las formas en que varios de ellos, como los clásicos griegos y latinos, han llegado hasta nosotros, a las características de sus lectores, a los espacios de lectura, a la formación y organización de bibliotecas, etcétera, temas que normalmente se han dejado de lado y que, sin embargo, son fundamenta-

les para el mejor conocimiento de las propias obras y de su tiempo de producción y de vigencia. Como éstas, muchas otras cuestiones aún están por analizarse con mayor detenimiento.

En resumen, el libro de Lafaye nos muestra numerosos avatares del libro impreso en una época en la que, como es sabido, España se situó

bastante lejos en la cantidad y calidad de impresos producidos respecto a otros lugares de Europa, pero que, sin embargo, desarrolló una actividad sin igual en la difusión por el mundo del vital medio de comunicación que ha llevado a nuestra época, desde el Renacimiento, a ser calificada como la edad de la "civilización del libro".

El arte de escuchar

Carlos San Juan Victoria

Comentario al libro Jan de Vos, *Viajes al Desierto de la Soledad*, Porrúa, 2003. CIESAS, 8 de mayo de 2003.

¿A qué linaje de libros pertenece *Viajes al Desierto de la Soledad*? Según recuerda Peter Sloterdijk, los libros son voluminosas cartas para hacer amigos, lanzar un libro al mar anónimo de los lectores es un acto de seducción para atraer atenciones y simpatías, latentes y difusas, que requiere del sagrado ritual solitario de leer para convocar un círculo de empatías. Jan de Vos lanza esa seducción a través de una colección de relatos que nos hablan desde hombres y mujeres atrevidas, curiosas o desesperadas que por ambición, miedo, o deseos de otros mundos, encaran los muros verdes de la selva lacandona. Y lo hace para llamar nuestra atención, ponernos en vigilia, hacia el grave riesgo que vive este territorio y su gente.

Es, además, un libro que habla con muchas y peculiares voces. En él se escuchan a los caminantes que desde finales del siglo XVIII hasta el siglo XX se estremecieron ante el formidable universo verde, húmedo y

palpitante de la selva. De ahí brota un saber que sólo aprehende el que camina. Somos una especie migrante que por instantes se sueña sedentaria y olvida que caminar ilustra y educa. No hay relato de este libro que no transmita ese peculiar fruto. Pero sus registros personales varían y en el microcosmos del *Valle de la Soledad* muestran toda la complejidad del acontecer humano.

Por ejemplo, esa fábula moral para científicos que es el fragmento de las memorias de Miguel Álvarez del Toro, diestro observador de animales que los estudia y en ocasiones los caza, que poco a poco advierte que es observado y casi cazado por un comedor de hombres, un jaguar de cola rabona. La empatía de Franz Bloom y de Trudi Duby para tratar de entender, en un caso, los rituales de amistad e intercambio de los lacandones y en el otro, la dura vida de los chicleros, presos durante la temporada de lluvia para sangrar los árboles de chicozapote en el corazón hostil de la selva. La ilustración de dos impulsos para alejarse del mundo conocido y entrar a la incierta masa verde: por un lado, el temple de Harry Little y de Jan Muller que entran a la selva para distanciarse del mun-

do, y construyen su utopía familiar y ecológica en las riberas del Arroyo Santamaría y un mundo de abundancia aunque fuese sólo de plátanos. Por el otro, la huída del terruño si bien obligada por la escasez y la falta de futuro, que realiza una familia campesina de Guerrero, que con su arroyo convoca a parientes, vecinos y amigos para crear un asentamiento en Boca de Chajul, en la gran oleada migratoria de los setenta. La descripción aérea de la selva que hace Carlos Helbig, donde aparece como gigantesco animal tendido con las poderosas arterias vitales de sus ríos, los macizos verdes de las zonas aún intocadas, y las grandes heridas provocadas por la colonización, los ganaderos y los madereros, ya muy visibles en 1971. El relato casi mítico de cómo los tzeltales que colonizaron La Nueva Providencia perdieron potreros, pastos, animalitos y quedaron en manos de la familia de don Polo Aguilar, y cómo la Unión de Uniones se enfrenta a tiros con sus pistoleros para sacarlos y reconquistar la colonia, historia que los siglos repiten pero que aquí se concentra y despliega en sólo diez años. El diálogo entre párroco y tzeltales, del cual brota un peculiar mestizaje, la iden-